

Hernan Carbonel

EL CASO ARROYO DULCE

(y otros vestigios de sangre)

Edición digital: Agosto 2007

Se recomienda la reproducción total o parcial de este libro, con autorización del autor, con el objeto de difundir y facilitar el acceso a material escrito o digital que de cuenta de experiencias y valores, planes y proyectos, acciones y movimientos, clases sociales y generaciones, ideas y culturas, momentos y circunstancias de la historia de la lucha de los pueblos por construir y componer un mundo mas justo.

Edición a cargo de Pacheco, Ediciones Estrategia.

© 2007 (Copyleft)

Ediciones Estrategia – investigación militante

Rosario - Sta. Fe

*“¿Llevaba panfletos su padre? ¿Era peronista su padre?
¿Era un delincuente su padre?”.*

Rodolfo Walsh. Operación Masacre.

“Un amigo me dice siempre: ‘Entendelo, Osvaldo, la batalla se perdió’. La dictadura universalizó el miedo a aquella época. Acá no hay, ni habrá, debate sobre lo que pasó en los ‘70 porque se teme que el debate encienda de nuevo las posiciones de aquellos años”.

*Osvaldo Soriano, entrevista de Juan Forn.
Página/12, 3 de noviembre de 1996.*

PARTE 1

ARROYO DULCE COMO LOCALIDAD

Arroyo Dulce conserva las típicas cualidades de una localidad rural, netamente agropecuaria, donde sus habitantes conocen casi al detalle pelos, señales y costumbres de amigos y vecinos. Es un complejo de casas bajas, mezcladas con terrenos baldíos y construcciones añejas, que combinan la arquitectura de los últimos años del siglo XIX y el desperejo y variado desarrollo del XX con el eclecticismo y la precariedad de lo poco.

Debe su nombre a un pequeño arroyo que surca los campos linderos a la localidad. Entre el 31 de agosto y el 1º de septiembre de 1826, el General Rauch triunfó en la batalla que lleva el nombre del pueblo, recuperando cautivos y botines de los indios. El primer asentamiento en el lugar fue un paraje para diligencias y carretas que iban desde Buenos Aires hacia el Norte, donde se ofrecía alimento, descanso, armas y caballos. A su alrededor se fueron constituyendo distintos comercios y el puesto policial.

A principios del siglo XX, la familia Fernández Blanco donó más de 200 hectáreas para la construcción de la estación de ferrocarril, los caminos a Salto y Rojas y el ejido del futuro pueblo. Así comenzó a poblarse por gente que iba a trabajar en las estancias y puestos cercanos, muchos de ellos inmigrantes. Como muchas localidades del interior de la provincia, creció con la llegada del ferrocarril, que trajo su primer convoy en diciembre de 1906.

Con el paso del tiempo se edificaron la Iglesia, la Escuela, la Delegación Municipal, establecimientos ganaderos e industriales, la Capilla, la Sala de Primeros Auxilios, el Cuartel de Bomberos y el Destacamento Policial.

Una paradoja distingue al pueblo. Situada a mitad de camino entre dos ciudades, la característica telefónica (02477) es la de Pergamino, distante a unos 35 kilómetros al norte, pero pertenece al partido de Salto y es delegación de ese municipio. Más extraño aún es que una parte del pueblo corresponda al Partido de Pergamino (al norte de las vías) y la restante (de las vías hacia el sur) al Partido de Salto.

En estos últimos 35 años, el pueblo varió en lo que respecta a su estructura, aunque la población rondó siempre entre los 2000 y los 2800 habitantes. En los '70 hubo una avalancha de ventas de campos. A muchos les pasó de vender las tierras, gastar el efectivo y las utilidades y terminar sin nada, trabajando de peón en los mismos campos que alguna vez les habían pertenecido.

Por entonces, el Banco de Crédito Rural empezó a funcionar como una Sociedad Anónima. José María Bustillo era el dueño del terreno donde estaba emplazada la entidad financiera, y su Presidente. El banco funcionó auspiciosamente durante un tiempo, siendo muy útil a los pobladores ya que no les era necesario llegar hasta Salto para llevar a cabo transacciones bancarias.

La casona donde funcionaba el banco está ubicada en el Acceso a Ruta 32, esquina Avenida Antártida Argentina y Fernández Blanco. En julio y diciembre del año 1971, la entidad bancaria fue centro de dos asaltos. La pequeña localidad, acostumbrada a una vida serena y sosegada, se vio conmovida por estos robos. A pesar de que muchos habitantes lo recuerdan hoy por vivencias propias o por una eficaz tradición oral, una gran parte desconocía que entre los asaltantes se encontraban Aníbal Gordón e integrantes de una célula montonera.

LOS HECHOS

Julio

Mediodía templado de invierno. Dos jóvenes, bien vestidos, llegan en un Torino al Destacamento Policial de la localidad de Arroyo Dulce, ubicado sobre la calle Gowland, a menos de una cuadra de los terrenos de la estación del ferrocarril. Logran sorprender y secuestrar al oficial a cargo Bianchi y se lo llevan como rehén. Son las 13.25 cuando entran al Banco de Crédito Rural. El oficial de custodia atina a usar su arma, pero sabe que es mejor replegarse. Al grito de “esto es un asalto”, los atracadores le piden al cajero, Osvaldo Colel, que abra el tesoro.

Los desconocidos toman el dinero, encierran a empleados, clientes y personal de seguridad en el archivo y salen a la calle. En total suman diez minutos de acción. Con una pistola 45 disparan a las gomas de un Torino, un Falcon y una Fiat multicarga para evitar que los sigan. Como tomándose un tiempo dentro de la línea de vértigo, detienen el colectivo de la empresa de transporte de pasajeros El Águila, que hace el trayecto Pergamino-Salto, suben y le quitan la llave de contacto. Revisan al pasaje, no roban nada: sólo constatan que ninguno lleve armas. Suben a un auto y escapan por caminos de tierra. A unos pocos kilómetros abandonan el auto y huyen en avión.

Horas después, en el banco se realiza el arqueo de caja: la suma sustraída apenas supera el millón y medio pesos viejos, cifra muy inferior a la que se guardaba en otras oficinas del banco. Erróneamente, las primeras noticias difundidas por algunos medios de comunicación arriesgan una cantidad cercana a los 10 millones.

Un hecho entre insólito y grotesco se produce sobre el final del día: policías abocados a la tarea de seguir el rastro de los ladrones se equivocan y tirotean otro avión, en el que viaja el Comisario de San Pedro, David Tabet, sin dar en el blanco.

El detalle: diez días antes, el diario La Opinión de Pergamino, en su edición del 9 de julio y a través de versiones *off the record*, manejaba la posibilidad de que “podría intentarse el copamiento de una localidad de la zona, con el propósito de efectivizar un golpe tipo comando”.

Diciembre

Cuatro meses y medio después. Amanece cerca de Tacuarí, una estación de ferrocarril apenas poblada. Alguien vestido de policía le pide a Ernesto Lladós que lleve a un hombre herido hasta el pueblo. Lladós se ofrece a hacerlo y los sube a la camioneta. A los pocos metros le sale el cruce un Fairlane y le secuestran su camioneta Chevrolet. Son las 7.30 cuando ambos vehículos entran a la localidad de Arroyo Dulce.

Se dirigen al Destacamento de Policía. Llevan un winchester, una metralleta y pistolas. El que se hace pasar por herido y el que va vestido de policía entran al destacamento, sorprenden y desarman al Cabo Armando de los Santos y lo llevan hasta el auto.

Pretenden ingresar a la casa particular del oficial Bianchi. Allí comienza la balacera. La gente cree que los asaltantes ya han tomado la comisaría, pues el que va vestido de policía dispara desde la calle, cuerpo a tierra. La confusión se suma a la pólvora. Bianchi hace guarecer a su mujer y sus hijas debajo de una cama, toma la posta de la respuesta. Sabe que lo que sucede es parecido a lo de la otra vez y contesta el fuego. Uno de los asaltantes resulta herido.

Simultáneamente, una parte del grupo se dirige al Banco Rural, llevándose a De los Santos como prisionero. Entran, piden el dinero, “no como la última vez”, encierran a los empleados y escapan con el botín.

En el Ford Fairlane regresan al destacamento, donde levantan al resto de la banda. Arrojan una bomba incendiaria y sueltan una larga ráfaga de metralla. La sala de la comisaría queda cubierta de humo de pólvora; las paredes, mechadas por las balas. Huyen del pueblo con De los Santos como rehén. A unos 12 kilómetros cambian de auto: secuestran un Peugeot color blanco, propiedad de Alberto Duhau. En el interior del Fairlane – robado en Vicente López unos días antes – que dejan abandonado con el parabrisas roto, hay manchas de sangre, mapas, cigarrillos, analgésicos, anteojos oscuros, una máquina de escribir. Más adelante, el Peugeot funde el motor y lo cambian por una Pick-up Ford F100, perteneciente al señor Casquero. En el camino cortan las líneas telefónicas para abortar todo contacto con Salto. Toman el camino de tierra que bordea el Molino Quemado, rumbo a Rojas. Bajan a los rehenes y desaparecen.

LOS TESTIGOS

Omar Vieytes

Omar Vieytes trabaja como Tesorero de la Municipalidad desde hace tres años. Es contador, de padre inmigrante y tiene tres hijos. En 1971, Vieytes renunció a su trabajo un día antes del primer robo: ya le habían asegurado un puesto de cajero; su madre estaba preocupada por el peligro que implicaba entrar a trabajar en el banco. Al segundo asalto, lo presencié ya con un mes como empleado. Cuenta respecto de aquel diciembre:

- En el momento no se sabía quiénes eran; después se supo. Uno de ellos, Failache, era el jefe de la banda, y también estaba Viera, que era de Salto y había vivido en Arroyo Dulce, en una estancia, cuidando caballos. Failache iba vestido de policía, y nosotros creímos que era alguien que venía a controlar la guardia. Cuando llegó al mostrador del banco sacó una metralleta y un revólver y dijo "esto es un asalto". Se llevaron todo el dinero de la caja chica. Enseguida empezó a caer el periodismo de Buenos Aires: Canal 13, Canal 9. Me acuerdo que vinieron ese hombre que después se suicidó, Daniel Mendoza, y también César Masetti.

En referencia a la cita en el libro *La Voluntad*, Omar comenta:

- Se sabía que los que robaron eran de una agrupación, pero nada más. En esa época era muy común que asaltaran los bancos. – Hace una pausa, entre facturas, chequeras y calculadora, y agrega: - Tendrías que verlo a Don Marzano. Él sabe mucho de la historia del pueblo.

Aureliano Marzano

Aureliano Marzano tiene 76 años. Además de quiosquero y peluquero es historiador y poeta, integrante de las comisiones de la Biblioteca, la Cooperativa, uno de los clubes del pueblo y otras instituciones. Tiene un archivo impecablemente ordenado sobre la historia de Arroyo Dulce: álbumes de fotos, libros, carpetas repletas de recortes de diarios con el anecdotario local. Vive en la misma cuadra del destacamento policial, y fue uno de los principales testigos del tiroteo de julio.

- Yo estaba durmiendo. Sentí los tiros y me levanté. Vi una camioneta estacionada frente a la comisaría y un tipo disparando. La agujerearon toda, a la comisaría. Lo mío fue un poco inconsciente. Salí a la calle, crucé a la otra vereda y me senté en una ventana a ver cómo se tiroteaban. Me podrían haber matado. Era invierno, y se llevaron muy poca plata. Por eso volvieron unos meses después.

Ante el comentario de que el hecho figure en un libro bajo la descripción de un acto guerrillero, Aureliano agrega.

- En diciembre, sí. Se sabía que podía ser un grupo subversivo. Pero lo que menos piensa uno es que en un pueblo como este van a venir a robar un banco. El asunto era agarrar unos pesitos, pero también provocar cosas en la gente. En aquel tiempo, se decía que robaban para juntar plata y traerlo de vuelta a Perón.

Armando De los Santos

El último trabajo de Armando De los Santos fue como seguridad privada, por la noche, recorriendo un conjunto de manzanas céntricas parapetado detrás de una gorra con visera, una bufanda, una campera de cuello alto. Junto a su familia, ahora, tiene un bar pool sobre la calle Vieytes.

- Espérela un minuto –dice una mujer –. Voy a ver si terminó de cenar. Creo que se está cambiando porque en un rato ya se va a trabajar.

Armando De los Santos se jubiló como policía el 20 de junio de 1980. Hoy trabaja como guardia particular, en la calle, de once de la noche a seis de la mañana. Durante 18 años viajó todos los días de Salto a Arroyo Dulce para cumplir con su trabajo. Incluso su hermano era también oficial asignado a esa localidad.

Para Armando, el asalto de diciembre de 1971 fue su mayor aventura como policía. Estaba en el destacamento cuando llegaron dos hombres, uno vestido de policía y el otro con la cara vendada, como si estuviera herido.

- Dele una mano, que tuvo un accidente frente a la feria - le dijo el primero.

Cuando De los Santos se levantó para ir a buscar al doctor Menéndez, que tenía el consultorio frente al destacamento, lo frenaron en seco y le dijeron que eso era un asalto. Y él, su rehén. Armando atinó a pensar: “¡¿Otra vez lo mismo?!”. Le había tocado vivir algo parecido en el mes de julio.

En ese momento la banda se divide. Unos van al banco, otros se quedan resistiendo en el destacamento. De regreso del banco, ya con el botín en mano, se lo llevaron como prenda.

- Una vez que salimos del pueblo tuvimos que cambiar de auto. El Fairlane tenía el parabrisas roto porque, antes de salir, a uno de ellos se les escapó un tiro desde adentro, sin querer; del susto, habrá sido. Así que robaron otro, el Peugeot. Agarramos por el camino de tierra a Salto. Yo iba sentado adelante, en el medio. En un momento el auto se fundió. Failache, que era el que iba vestido de policía, salió caminando y volvió en una camioneta, la de Casquero. Pasamos nosotros y las cosas a la camioneta. Failache, Caminos, Casquero y yo, atrás; el resto, adelante. Agarraron por un camino de tierra. En un momento pararon y nos dijeron que nos bajáramos y nos metiéramos en el maíz. Era cerca del Molino Quemado. Nos bajamos y nos metimos entre el maíz. Después salieron para el lado de la ruta que va a Rojas, que en esa época se estaba terminando de construir. A la camioneta la abandonaron cerca de Chacabuco. Después los agarraron en Chivilcoy.

El relato suena a película, a producción de Hollywood. La charla gira luego sobre otros temas: cómo era ir a trabajar todos los días al pueblo, las dificultades de ser policía en esa época, sus compañeros de trabajo, su relación con Bianchi. Ante la pregunta de si sabe qué fue de la vida de los tipos que asaltaron el banco, completa:

- Creo que a Failache lo mataron en Capital o Gran Buenos Aires. O se suicidó. En esa época preferían pegarse un tiro antes de que los agarraran.

Juan Carlos Bianchi

Juan Carlos Bianchi tiene una agencia de seguridad privada en Pergamino. Después de un contacto telefónico, acepta el cuestionario que le llega por correo electrónico. La respuesta es vía fax. Tiene un lenguaje netamente castrense, como si se tratase de un informe policial. Uno es lo que escribe. O mejor todavía, escribe lo que es.

Juan Carlos Bianchi fue el oficial a cargo del destacamento durante los dos asaltos del '71. Había ingresado a la carrera policial a los 15 años; recorrió todas y cada una de las jerarquías y se retiró el 23 de mayo de 1989 a los 46, por decisión propia, con el grado de Comisario General. Guarda, de su estadía en Arroyo Dulce, donde estuvo casi cinco años, innumerables anécdotas. "Recuerdo a esta población y sus habitantes, a algunos los frecuento todavía, con mucho cariño y algunas añoranzas".

En julio de 1971 fue tomado por sorpresa y llevado como rehén desde el destacamento hasta el Banco de Crédito Rural, donde, luego del asalto, los delincuentes lo encerraron en el archivo junto a clientes y empleados.

Escribe Bianchi:

"Somos sorprendidos por un grupo de delincuentes y reducidos en el destacamento por dos hombres, uno llamado Aníbal Gordon y otro de apellido Acosta, con un automóvil Torino de reciente modelo. Me trasladan hasta el Banco Rural, donde otro grupo estaba esperando. Reducen al oficial que estaba allí apostado y proceden a robar el banco, metiendo al suscripto y al personal de empleados en una pequeña oficina, y luego se dan a la fuga, pasando a levantar a los otros delincuentes que permanecían en el destacamento custodiando a mi familia y a otro integrante del personal policial. La banda - en un camino vecinal rumbo a El Crisol, distante unos 12 kilómetros de Arroyo Dulce - abandona el auto, intentando quemarlo, y huye en una avioneta con rumbo desconocido".

Hasta ahí lo que tenía que ver con el asalto de julio. La presencia de un personaje sucio de los años de plomo como Aníbal Gordon se confirmaba. Y Bianchi los definía como "ladrones comunes".

Respecto al asalto de diciembre cuenta que, por la mañana, un grupo fuertemente armado entró al destacamento y tomó prisionero a De los Santos, para luego intentar ingresar en su casa. Allí comenzó el tiroteo, en el que hirió a uno de los atacantes.

"Simultáneamente con el enfrentamiento que manteníamos los delincuentes y yo, tres de ellos, que eran más de seis, llevando a De los Santos, se van al Banco Rural de Arroyo Dulce, donde reducen al personal de empleados y se alzan con el dinero. Logrado el robo al banco vuelven al destacamento, donde seguía el tiroteo; levantan a los delincuentes que estaban allí, y llevándose al numerario policial De los Santos se dan a la fuga". (Uno escribe lo que es)

En el cuestionario se le preguntaba si, según lo que él había podido averiguar, los asaltantes de diciembre eran ladrones comunes o tenían conexión con grupos guerrilleros, puesto que eso era lo que conjeturaban algunos diarios de la época y lo que aparecía en un libro:

"No estoy en condiciones de emitir algún juicio de valor respecto de la relación con Montoneros".

Luego recordaba haber ido al reconocimiento de los detenidos en Chivilcoy, y especialmente "la triste sensación que me dio ver allí a Viera, a quien conocía desde que éramos muy jóvenes en Salto, ciudad de la que soy oriundo. Son cosas que pasan...".

Y cerraba con una reflexión, un poco extraña si se quiere: “Cuánto cambió todo, aquella policía no era mejor ni peor, pero sí muy distinta...”.

LOS PROTAGONISTAS

La conexión Viera

Alejandra Viera vive en una propiedad de más de 120 años que perteneciera a su abuela, de esas llamadas casa chorizo. Tiene un hijo varón, nacido un 25 de mayo. “Un chico muy patriota”. En la puerta que da de la galería al pasillo duermen dos perros. Sobre una estructura de metal hay un loro que, según cuenta Alejandra, canta la marcha peronista. Entre mates dulces y tabaco muestra una foto en la que su padre aparece montado a caballo, mientras hacía el Servicio Militar en Campo de Mayo.

El tipo de la foto se llamaba Rufino Idelmo Viera. 1,90, no más de 70 kilos, pelo oscuro, ojos verdes. Alejandra tendría 9 o 10 años cuando se produjeron los asaltos al banco de Arroyo Dulce. Ella cuenta que, por cuestiones familiares (la madre en Mar del Plata, el padre que iba y venía todo el tiempo) su crianza estuvo a cargo de la abuela paterna. Hoy, la historia de Rufino, su padre, no le pesa para nada; no carga con esa marca.

- Él estaba en Montoneros. En la JP. No me acuerdo si fue antes o después del robo que vino Cámpora a Salto. Mi papá era su guardaespaldas. Se hizo una conferencia de prensa en el primer piso del edificio de los Bomberos, y mi abuela me llevó hasta la puerta. Me acuerdo que papá estaba vestido con pantalones claritos y chaqueta con charretera y bolsillos grandes. Failache era el otro guardaespaldas.

Al poco tiempo del asalto al banco cayó un patrullero a la casa de la familia. La policía venía a avisarle a la madre de Rufino que él había caído preso en un “revuelo un poco raro”. Eso fue en el año '71 o '72. A él y a los otros detenidos los enjuiciaron y los llevaron a Devoto, porque eran presos políticos.

Viera estuvo preso 16 meses, hasta que llegó la Ley de Amnistía del 25 de Mayo de 1973, y así fue que regresó a Salto. Por entonces usaba bigotes, que se había tenido que dejar para ocultar las lastimaduras del labio que le había provocado la picana. Alejandra cuenta que decía: “Me hacían preguntas por compañeros que yo no iba a vender jamás”.

- Después de eso, prometió no militar más en política. La política no era lo que él pensaba. Según él, los problemas no se solucionaban yéndose del país. Para él, la política era como jugar al fútbol: una pasión, había que defender la camiseta.

La analogía no es gratuita: Rufino Viera había jugado al fútbol en el Club Compañía General de Salto. “Era zurdo neto”.

Alejandra aprovecha la crítica al partido y habla de su participación y posterior decepción en la militancia peronista local. Como tantos de esta época, resume en una frase: “la política ya no es lo que era”. Retoma la historia de su padre.

Al volverse a Salto, Rufino empezó a trabajar vendiendo frutas que traía de San Pedro. En octubre del '77 una cuestión de polleras le quitó la vida. Un tal Casimiro Rodríguez, empleado del ferrocarril, se había propasado con la señora de Viera. Eran vecinos en un inquilinato, un pasillo largo con tres pequeños departamentos. Al hombre se le fue la lengua y Rufino tuvo que frenarlo con palabras. Eso creó un clima hostil. Hasta que una tarde la cuerda se tensó demasiado, y Rodríguez, quizás un poco pasado de copas,

le dio una puñalada de cuchilla y once de un cuchillo vedijero. Viera murió instantemente. Rodríguez estuvo preso un tiempo y lo largaron.

Alejandra concluye:

- Cómo es la vida: estuvo metido entre tantas balas y mirá como vino a morir.

La conexión Failache (primera parte)

Anochece. La casa no tiene timbre. Ante el golpe de las manos, dos o tres perros se acercan y se dejan acariciar a través de los barrotes de la reja. Unos muchachos, sentados en el umbral de la casa vecina, comentan que la señora no está, que salió. Y señalan calle arriba. La figura se desdibuja en las sombras de la noche, a cuadra, cuadra y media.

- Disculpe... ¿usted es...?

Es.

La persona que no quiere dar nombre ni apellido ni un testimonio completo de lo que fue buena parte de su vida, es una de las que más cerca estuvo de Omar Failache durante muchos años, sobre todo aquellos en que él y otros como él luchaban con las armas por el regreso de Perón.

En medio de una calle y por la noche, bajo la lánguida luz de un farol, comenta con un torrente de palabras:

- Yo estuve en tres comisiones de presos políticos. Estaba con Ortega Peña y Duhalde, con el sobrino de Jauretche (Ernesto), con Lastiri, también. Yo estuve con el General, charlando mano a mano. Estábamos Nelly Arrostito, la hermana de Norma; Abal Medina (Juan Manuel), el hermano del más conocido (Fernando, fundador de Montoneros) y otros más. Después de estar con el General, yo tuteo a todo el mundo. Para mí, primero está Dios, después Perón, y después viene el resto.

La pregunta siguiente es acerca de Omar Failache.

- Omar no era un ladrón común. Le mandaba cintas grabadas a Perón cuando el viejo estaba en España. Había empezado en una fábrica de zapatillas, lo eligieron como delegado gremial porque era bueno en eso. Ahí empezó todo para él.

El diálogo es tan marginal como la persona que cuenta y la persona sobre la que se habla.

- Cuando lo agarraron a Aramburu mi casa estaba llena de armas. Yo no sabía si nos iban a venir a buscar. Después a él lo agarraron en Chivilcoy. Junto con Viera, Caminos y los hermanos Cuello. Los juzgaron en la Cámara Federal, yo fui al juicio. Fui con la madre de Viera. Salieron cuando la Ley de Amnistía. Estuvieron en Devoto. Es más, el del avión estuvo preso con él ahí. Nosotros ese día fuimos a Devoto, se decía que iban a tomar la cárcel desde adentro.

¿Qué más?

-Cuando Rubén Stella, el actor, vino a filmar la película acá (se refiere a Siempre es difícil volver a casa, basada en la novela de Antonio Dal Masetto y dirigida por Jorge Polaco, que se filmó en Salto a principios de los '90) me vino a ver. Él lo conocía a Omar. Quería todos los cuadernos donde él hizo sus anotaciones para hacer una película con eso. Yo le dije que no. Quemé todas las carpetas y los cuadernos, tenía miedo de que mis hijos quisieran hacer lo mismo. Yo quiero borrar el pasado. Ya no quiero volver a nada de eso. Me terminé arrepintiéndome de algunas cosas, cosas no eran para nada buenas. Ahora la política es una chanchada.

La conexión Gordon

Beba es jubilada, da clases de Costura en la Escuela Municipal de Bellas Artes de Colón, además de trabajar en la elaboración de vestidos de novia y para cumpleaños de 15.

- Aníbal Gordon vivía al lado de mi casa, él y su señora Nelly – suelta Beba –. Nos dividía la medianera. El dormitorio de ellos daba a mi dormitorio. Cuando se iban a Buenos Aires, yo les cuidaba la casa. Nelly me daba la llave; yo iba a ventilar, le daba de comer al perro. Tenían uno de esos tipo bulldog, muy peligroso. Yo hasta les prestaba el teléfono para que hablaran. Una vez me vino una boleta altísima; claro, él había hablado vaya a saber adónde. Me fui hasta San Isidro, donde vivía con su mujer. Tenían una casa muy paqueta. Pero no tuvieron problema, me pagaron la factura del teléfono sin protestar.

¿Y cuál era la imagen de Gordon en Colón, tratándose de una ciudad pequeña, infierno grande?

- Para los vecinos era una excelente persona; educada, bien hablada. Era un tipo que se daba a la charla. No se hablaba de sus actividades en Colón. Nadie sabía que era un delincuente. Él decía que el dinero lo hacía con un campo que tenía en Entre Ríos, y como viajaba mucho en avión, uno se imaginaba eso.

Todo cambió cuando llegaron los autos.

- Entonces, una noche aparecieron los Torino negros. Eran como diez, y la policía se quedó una semana o más a esperarlo, pero Gordon nunca apareció. Nunca más volvió a Colón. Después se supo que la casa que yo cuidaba la habían comprado con el dinero del robo al banco de Bariloche. Los dueños anteriores recuperaron la propiedad. También había alquilado el campo de Don Pedro Maranessi, que está camino a Ferré. Ahí paraba el avión; lo usaban de aguantadero. Era una madeja grande, eran él y mucha gente. Estaba en la Triple A, pero eso se supo mucho después. Él era aviador. No es que contrataban a alguien. Él mismo los manejaba.

PARTE 2

LAS DETENCIONES

El pez Gordon

En la página web del Semanario Colón Doce aparecen al menos seis informes especiales sobre la presencia de este personaje en la ciudad.

“Las versiones son confusas”, comienza uno de ellos, con fecha de 14 de junio de 2000, alegando que Aníbal Gordon y su banda habían elegido la ciudad como una posible base de operaciones y como paso a la provincia de Córdoba, lugar que frecuentaban habitualmente.

Gordon había llegado a dos propiedades. La primera, una casa ubicada en calle 54 entre 18 y 19, en el barrio 9 de Julio, que tiene como señal distintiva una palmera gigante. La transacción comercial fue llevada a cabo por una mujer, Susana Acosta, esposa de su “socio”. El otro inmueble estaba ubicado en la calle 47 entre 12 y 13, también en la periferia de la ciudad. Dice el informe de Colón Doce: “Cabe destacar que un mes antes de ser capturado, los servicios de inteligencia habrían ubicado este lugar, y poco después una partida de federales lo esperó convencidos de que pasaría por Colón en su huida hacia Córdoba”.

Otro de los informes indica que Gordon recibía visitas en la ciudad, que llegaban al Aero Club en avión o avionetas privadas, y que él mismo iba a recoger en su camioneta Ford F 100 blanca. El rubro al que se dedicó Gordon en la zona fue la compra y venta de plásticos y metales. Para las tareas de clasificación de materiales contrató una cuadrilla de gente, en general jóvenes menores de 20 años. En 1971, les encargó un trabajo en Ezeiza: el desguase de un avión.

Primeras detenciones

En la edición del jueves 2 de diciembre de 1971 del diario *La Opinión* de Pergamino, aparece una nota con un extenso título: “Fue esclarecido el copamiento del destacamento de Arroyo Dulce y asalto al banco de esa localidad”.

“Un fallido intento de asalto a una joyería céntrica de la ciudad de Buenos Aires” deja como saldo la detención de dos personas: Pedro Jesús Acosta y Aníbal Gordon. Tras “intensos interrogatorios” (un eufemismo que se repetirá en muchos informes de los diarios de la época) se comprobó “su participación en más de 50 hechos delictuosos”.

El operativo había comenzado con la detención de seis personas en la ciudad de Bariloche y otros puntos del país. Así, la policía habría logrado establecer una conexión entre los que “perpetraron el espectacular asalto en Bariloche” (de donde se llevaron 88.000.000 de pesos moneda nacional) y los que “ejecutaron el copamiento de Arroyo Dulce”, por el que no habían obtenido más que un magro botín, hallándose similitudes en el *modus operandi* de ambos casos; por ejemplo, la huida en avión.

La policía descubre, entonces, que con el dinero obtenido del asalto en Bariloche, habían sido adquiridos “varios establecimientos de campo y casa en la zona y ciudad de Colón”, y secuestra un arma perteneciente al personal del destacamento de Arroyo Dulce. De hecho, en el diario se refiere que el Oficial Inspector Bianchi reconoció a los dos detenidos como los autores del asalto del 19 de julio.

La nota del diario *La Opinión* concluye: “la policía descartó que los delincuentes pudieran pertenecer a una célula extremista, tratándose de elementos del hampa con un profuso accionar delictivo”.

Chivilcoy

9 de diciembre de 1971. Una semana después del segundo robo al Banco Rural. En un comercio de la ciudad de Chivilcoy, uno de los directivos de una caja de crédito asaltada meses atrás cree reconocer a dos de los autores. Llama a la policía. Al llegar los efectivos se inicia un tiroteo; uno de los que resiste resulta levemente herido y capturado. Se trata de Omar Américo Failache, quien según el diario *El Norte* del 11 de diciembre, “resultó ser de Salto”, y se lo identifica como “hijo de la Gringa o Boca de poncho” (SIC).

El otro, luego reconocido como Eleodoro Caminos, logra huir por una puerta trasera del negocio, pero a las pocas cuadras es baleado con cinco impactos y detenido milagrosamente con vida. En un acto de cinismo castrense, el oficial de policía que lo atrapa es apodado con el mote de “correcaminos”.

A partir del operativo, la policía incauta un Ford Falcon, robado en Carmen de Areco, armas y dinero perteneciente al golpe al Banco de Arroyo Dulce. En una finca de la calle Anastasio Chávez al 40 es detenido Julio Raúl Cuello (alias Chiche), quien fuera herido en la balacera del destacamento de Arroyo Dulce, y que convivía en dicha propiedad con su joven esposa Eva Amena.

Allí se secuestran “dos pistolas calibre 22, once revólveres, una ametralladora Pam, tres granadas de mano, varias cajas de clavos Miguelitos, cajas de balas y portafolios conteniendo panfletos subversivos”. En el interior de una cubierta de neumático se encuentra, además, buena parte del dinero robado diez días atrás en Arroyo Dulce.

La Voz de Chivilcoy del 11 de diciembre presume que “el armamento y material de propaganda secuestrado en el domicilio de Luis Cuello da lugar a mayor asidero a la creencia de que se trataría de un grupo extremista con conexiones en Chivilcoy”.

Se agregan otros datos: Caminos tenía familiares en la ciudad y solía ir con frecuencia de visitas. “Comisiones de policías foráneos” visitaron la ciudad, ya que éste tenía captura recomendada. Días antes, en el camino entre Salto y Chivilcoy, habían asaltado una estación de servicio. La banda estaba gestionando la compra de algún predio rural para utilizarlo como aguantadero.

En la edición del 15 de diciembre, *La Voz de Chivilcoy* informa que, dos días antes, en la localidad de Lanús, había sido encarcelado Rufino Idelmo Viera, de 33 años, “el cual secundó a Failache en numerosos hechos”, y que se hallaba temporalmente radicado en Villa Albertina.

Los periódicos citados concluyen en que Viera y Cuello son apresados después de un “intenso interrogatorio” a Failache. De hecho, uno de los testigos de la rueda de reconocimiento que diera testimonio para esta investigación confesaría que los presos “estaban todos golpeados”.

Una vez llevados a cabo los arrestos, la policía monta un operativo de seguridad inédito para una mediana ciudad como Chivilcoy: se refuerza la guardia de la seccional, se restringe el tránsito de autos y peatones en la cuadra y se crea un cerco de mutismo. Los medios de comunicación de la ciudad protestan ante este “absurdo silencio policial”.

“Todas estas medidas”, escribe el cronista del diario *La Razón* de Chivilcoy el viernes 10 de diciembre, “estarían relacionadas con la presunta actividad extremista de los detenidos”. Misma versión arriesga *La Opinión* de Pergamino el 12 de diciembre, catalogándolos como “individuos de extrema peligrosidad y participación en actividades de carácter subversivo”.

La Voz de Chivilcoy, por su parte, en la edición del 15 de diciembre, sostiene que “cobra vigencia la hipótesis de que se trataría de delincuentes comunes, y que solamente el nombrado en primer término [Omar Failache] podría haber tenido algún contacto con alguna célula extremista”, aunque algunos sumen a Caminos en esta senda.

De esta manera, para el 15 de diciembre de 1971, quienes habían llevado a cabo los dos asaltos – tanto el del 19 de julio como el del 3 de diciembre – al Banco de Crédito Rural de Arroyo Dulce, habían sido detenidos.

Las conexiones

No deja de llamar la atención que la captura de Aníbal Gordon se diera dos días antes del segundo asalto al Banco de Arroyo Dulce. En todo caso, las conexiones entre el primer robo y el segundo son, al menos, ineludibles.

Asevera esto, en primer lugar, lo dicho por uno de los autores del segundo atraco cuando pide todo el dinero, “no como la última vez”. Luego, lo manifestado por la persona que conoció a Omar Failache: “salieron cuando la Ley de Amnistía. Estuvieron en Devoto. Es más, el del avión estuvo preso con él ahí”.

En la página web de la Red Solidaria por los Derechos Humanos se lee: “Aníbal Gordon fue un personaje impar de la represión en la Argentina. Su primera aparición ante la llamada ‘opinión pública’ fue en el año 1971, cuando tenía un oficio más noble que el que luego terminó ejerciendo como asesino a sueldo de las dictaduras triunfantes: era ladrón de bancos. Ese año, Gordon comenzó a hacerse famoso luego de robar un banco en San Carlos de Bariloche (...) Un año después lo metieron preso y lo confinaron en Devoto, pero en 1973 fue uno de los beneficiarios de la amnistía dispuesta por el gobierno de Héctor J. Cámpora”.

Uno de los informes de Colon Doce va en la misma dirección: “El 25 de mayo de 1973, fue liberado junto a parte de su banda. Estaban detenidos acusados de asaltar una financiera”.

Misma versión arriesga el diario *La Opinión* de Pergamino en su edición del 12 de diciembre de 1971: “por lo menos uno de los atracadores había participado en el anterior”, haciendo alusión, además, a un “perfecto conocimiento del terreno” por parte de los asaltantes.

La pregunta sigue siendo cómo circuló el dato; cómo los actores del segundo robo se conectaron con los del primero, y quién era ese que “había participado en el anterior”. Nunca se hizo saber en diarios de la época quién hizo las veces de nexo.

Lo que surge como extraño y paradójico de esta relación entre las dos bandas, es que Aníbal Gordon terminara siendo de la Triple A y se dedicara a perseguir y aniquilar cuadros montoneros, como los que actuaron en el segundo asalto y con los cuales llegó a tener contacto. Incluso dentro de Devoto. Quizás una paradoja más entre tantas de la década del '70 en Argentina.

A lo que se suma otro extraño dato: cómo llegó al diario *La Opinión* la versión de que se intentaría “el copamiento de una localidad de la zona, con el propósito de efectivizar un golpe tipo comando”. ¿Quién – fuera ladrón común o cuadro guerrillero – en su sano juicio, adelantaría que está a punto de cometer un delito? ¿Cómo obtuvo el periodista ese dato? ¿Quién habló de más?

El dato de La Voluntad

Con relación a la fuente del Tomo 2 del libro *La voluntad*, hay una diferencia entre la cantidad de dinero sustraído y las fechas en que se efectuaron los robos.

En el libro, al asalto de junio se atribuye: “Un comando copó un puesto policial y el Banco de Crédito Rural en Arroyo Dulce, provincia de Buenos Aires. Se apoderaron de armas y de \$10.500.000”.

Horas después de llevado a cabo el atraco de diciembre, el gerente del Banco de Crédito Rural certificó la suma sustraída: exactamente \$9.796.800. Se deduce, entonces, que la suma que figura en el libro de Anguita y Caparrós, atribuida al robo de julio, pertenece en realidad al de diciembre.

Según *La Opinión* del 20 de julio, “lograron apropiarse de 1.560.000 pesos viejos, suma ínfima si se quiere, a otra que se guardaba de mucho mayor monto y que no fue vista en el accionar”. “Las primeras noticias”, continua el recuadro de la nota, “incluso difundidas por radio y televisión, daban como sustraído una suma aproximada a los diez millones de pesos”.

Eduardo Anguita, uno de los autores del libro, en contacto vía mail, confirma la fuente: “estuve viendo el texto de *La Voluntad*. Como verás, esa información surge de la revista *Cristianismo y revolución*. Los errores, si los hubo, nos vienen de esa fuente”.

¿Lucha armada o delincuencia común?

Muchos de los testimonios recogidos crean una disyuntiva acerca del porqué de los asaltos al Banco de Arroyo Dulce, que, al fin, es una discusión que se extendió a una parte de la lucha armada de los '70: si eran acciones clandestinas de grupos armados que buscaban reproducir la Revolución Cubana en Argentina o que bregaban por el regreso de Perón; o – su antítesis – el simple agite de un grupo de malhechores comunes aprovechándose de las circunstancias.

Por esta segunda opción se inclina Mónica Tobi. Ex militante de Montoneros, participa en agrupaciones de derechos humanos y en Cascos Blancos, entre otras asociaciones afines; actualmente residente en Salto, su ciudad natal. Dice Mónica:

-Para mí eran chorros comunes, que se hicieron pasar por Montoneros para quedar en libertad gracias a la Ley de Amnistía de mayo del '73. Se sabe que a los presos comunes los llevaban a un pabellón y a los presos políticos a otro. En eso les convenía a los tipos hacerse pasar por montoneros”.

En *La Voluntad*, Tomo 3, página 15, se lee: “Otro problema era que tenían que ver bien a quién soltaban. Desde temprano, varios presos comunes estaban tratando de incorporarse a la lista, colándose o convenciendo a los guerrilleros presos de que ellos también habían participado en la resistencia peronista o en alguna vieja huelga. De la ventana de uno de sus pabellones colgaba un cartel esperanzado: ‘Políticos, comunes, Perón no une’”.

Continúa Mónica Tobin:

- Además, en Arroyo Dulce no hubo los típicos gritos de estos actos, ni pintadas con aerosoles ni tiradas de panfletos o llamados a los medios de comunicación para atribuirse los hechos. Eso era algo que se hacía siempre. No sé si Failache militaba, lo que sí sé es que era guardaespaldas de un sindicalista.

Otro testimonio de un ciudadano de Salto que vivió aquella época y prefiere no figurar con nombre y apellido, afirma que el abogado de los actores del segundo asalto al banco de Arroyo Dulce les hizo cantar la Marcha Peronista y declararse montoneros para zafar de la condena, y que Viera no era guardaespaldas de Cámpora, sino personal de seguridad del Instituto de la Vivienda de la provincia de Buenos Aires.

- Para mí, el libro de Anguita y Caparrós tiene varios errores – concluye Tobin –. Y me parece que el hecho de que el robo al banco figure como una acción guerrillera es uno de ellos.

Desde adentro

José Amorín es médico y escritor, autor de los libros “La ventana sin tiempo” y “Montoneros. La Buena Historia”. Fue uno de los fundadores de la agrupación; responsable de la Zona Norte del GBA y luego jefe de la columna que se conoció como Far-far-west. Esta columna se extendía por las rutas nacionales 5 y 7 y abarcaba desde Luján (Buenos Aires) hasta Santa Rosa (La Pampa), zona que abarca Arroyo Dulce.

Acerca de este caso opina:

“El episodio me resulta extraño: para 1971 carecíamos de cualquier tipo de estructura (armada o política) en el interior de la provincia de Buenos Aires. Recién para mediados o fines de 1972 se toma un pueblo (no recuerdo si en el sur de Santa Fe o cerca de los límites entre Buenos Aires y Santa Fe). Y la primer columna que se forma en el interior de la provincia (aparte de las grandes ciudades como La Plata, Mar del Plata y Bahía Blanca) es la del Far-far-west, a principios de 1973. No tengo conocimiento de ningún hecho protagonizado en esa zona para 1971. Lo cierto, es que para 1971, no había un solo operativo armado que no se firmara. Me inclino a pensar que las personas que protagonizaron el asalto al Banco de Arroyo Dulce no tenían nada que ver con la militancia. Es posible que, como dice la compañera de Salto [se refiere a Mónica Tobin], muchos delincuentes comunes se hicieron pasar por militantes para aprovechar la amnistía del ‘73”.

Por último, Amorín argumenta que, “si en la Cárcel de Devoto [algunos de los protagonistas de esta historia] estuvieron encerrados en los pabellones destinados a los militantes políticos, podría haberse conectado con algún pequeño grupo que pudo integrado a Montoneros”.

LA DISYUNTIVA EN LOS LIBROS

En *La Montonera*, de Gabriela Saidón, Antonia Canizo, una de las entrevistadas, “militante premontonera (que) un año después de la elección del nombre (...) se va de la organización”, relata que luego de que algunos integrantes de la cúpula de Montoneros fueran asesinados o puestos presos, “lo que venía caminando desde el '66 o '67 quedó en el pasado. Los otros eran grupos que estaban en la resistencia, pero no tenía una relación orgánica entre sí”.

En el Tomo 4 de *La Voluntad* se lee: “hay algunos compañeros que se están lumpenizando. Hay tipos que se acostumbran demasiado fácil a lo peor: si necesitan un auto, van y lo levantan, saben que la guita les va a llegar de la orga, les gusta las jinetas y los fierros y el poder que le dan... Se están profesionalizando, ya ni se acuerdan como era la vida común, la de todo el mundo”. Las palabras pertenecen a Emiliano Costa, por entonces militante montonero y novio de Vicky, la hija de Roberto Walsh.

Se suma al tema lo escrito por Ricardo Piglia en *Plata quemada*. La novela, galardonada con el litigioso Premio Planeta 1997, aborda, desde la ficción, un hecho real sucedido en 1965. Entre las voces presentes en el relato, aparece quien dice que “elementos del nacionalismo peronista operaban con delincuentes comunes”; “la gente de la resistencia peronista, cansada de la militancia heroica había empezado a chorear por su lado”.

Sigue Piglia: “Los más envenenados al final se empezaron a juntar con los comunes para reventar armerías y asaltar bancos con el pretexto de juntar plata para la vuelta de Perón”. El Comisario Silva, uno de los personajes de la novela, expresa: “la hipótesis era que todos los crímenes tenían un signo político. Se acabó la delincuencia común. Los criminales ahora son ideológicos. Es la resaca que dejó el peronismo”.

SIEMPRE ES DIFÍCIL ESTAR EN CASA

La novela y la película:

En 1985 aparece la primera edición de *Siempre es difícil volver a casa*, la tercera novela de Antonio Dal Masetto. En ella, cuatro tipos (Ramiro, Dante, Jorge y Cucurucho), desahuciados de la vida, deciden asaltar el banco de una pequeña localidad de provincia llamada Bosque, justo en los días en que se celebran las fiestas patronales de la ciudad.

Todo se encamina según lo planificado: sólo dinero, nada de muertos. Pero algo falla (un policía camina al azar al final de la calle, un neumático estalla en la huida) y, de un momento a otro, en cuestión de minutos, los cuatro asaltantes pasan de victimarios a víctimas; el pueblo se convierte en una zona liberada de cacería humana. Los ladrones tratan de huir, pero los habitantes cierran cada salida del pueblo, confinándolos a un círculo enfermizo y furioso. Las descripciones de la cosmogonía y la idiosincrasia de un pueblo del interior de provincia están relatadas en la novela de manera efectiva y acertada, creando un ambiente apocalíptico.

En palabras del mismo Dal Masetto, “el meollo de la cuestión es el pueblo como representante de lo que somos: la idea de la violencia latente, que se libera apenas encuentra un estímulo que la justifique. De repente, gente pacífica y amable reacciona frente a una agresión exterior y, por lo tanto, se dan el lujo de convertirse en criminales. Es un libro que tenía en mente antes de la dictadura militar, pero creo que no lo hubiese escrito nunca en estos términos, si no hubiesen pasado los años ‘70. Y sin embargo, no hay ninguna intención de aludir a los ‘70, pero seguramente de alguna manera subjetiva asimilé algunos aspectos que me llevaron hacia esta violencia que trato de contar”.

La versión fílmica (una adaptación libre de la novela) se rodó en Salto. Fue dirigida por Jorge Polaco y estrenada en Buenos Aires el 4 de junio. En ella trabajaron Miguel Del Sel, Dady Brieva, Carolina Papaleo, Rodolfo Ranni y Rubén Stella, entre otros reconocidos actores.

El escritor:

Antonio Dal Masetto nació en Intra, Italia, en 1938. Emigró a la Argentina en 1950, radicándose en Salto, donde un tío paterno tenía una carnicería. Allí vivió parte de su niñez y su adolescencia; aprendió el castellano en libros que elegía al azar en la biblioteca del pueblo y gracias al fútbol, y tuvo sus primeros amigos y trabajos.

A los 17 años se mudó a Buenos Aires. Durante años trabajó como albañil, pintor, heladero, vendedor ambulante de artículos del hogar, empleado público y periodista. Publicó, entre otros, libros de cuentos (*Lacre, Reventando corbatas, Ni perros ni gatos, Gente del bajo, El padre y otras historias*) y las novelas *Siete de oro, Fuego a discreción, Siempre es difícil volver a casa, Oscuramente fuerte es la vida, La tierra incomparable* – Premio Planeta 1994 –, *Demasiado cerca desaparece, Hay unos tipos abajo* – además del guión de la película homónima – y *Bosque*.

Según Dal Masetto, la novela *Siempre es difícil volver a casa* se le ocurrió durante un viaje a Río de Janeiro, cuando aun no era escritor, al leer en un diario una noticia sobre un asalto al banco de un pueblo. En palabras del autor, en nada se relacionan los asaltos de Arroyo Dulce con el de su novela: “Cuando escribí ese libro creo que ni estaba enterado de los bancos de Arroyo Dulce. Nada que ver con *Siempre es difícil...* Lo que a mí me parece con este tema del cruce, es que la gente siempre anda con muchas ganas de imaginar cosas. ¿Qué más atractivo que imaginar una relación entre uno y otro?”.

El actor:

Rubén Stella es porteño de nacimiento. Tiene una reconocida carrera como actor en cine, teatro y televisión, además de haber sido Secretario de Cultura de la Nación. Después de revisar todas las carteleras porteñas de obras de teatro en los diarios nacionales y tentar a un par de contactos de conocidos en común, la forma de acceder a Rubén Stella es la más común y corriente: la guía de teléfonos.

La charla con Stella comienza sobre su experiencia de la filmación de *Siempre es difícil volver a casa* en Salto, continua con el testimonio de aquella persona que lo nombrara.

“Sí. Recuerdo haber hablado con esta persona. Es un recuerdo muy borroso, pero sí. Era cerca del puente (2) donde filmábamos. En medio de la filmación, uno de los asistentes me dijo: ‘¿Querés conocer a la mujer de la persona que estás representando?’. Fue todo muy rápido. No tuvimos una relación fluida. Ella me recibió de lejos, no se acercó hasta la puerta para hablar. Tengo el recuerdo de una persona muy marginal. Me dijo que al marido y a los otros los habían agarrado en Chivilcoy; que habían ido a comprar armas legales a una armería. Eso me hizo pensar que podían ser de la orga”.

PARTE 3

La conexión Failache (segunda parte)

Eran muchos los datos que faltaban sobre la vida de Omar Failache. ¿Dónde había nacido? ¿A qué estrato social pertenecía su familia? ¿Siguió viéndola una vez comprometido con la lucha armada? ¿A qué edad se casó, a qué edad fue padre? ¿Cómo era un día en su vida? ¿Por qué robar en un pueblo perdido de la pampa húmeda? ¿Por qué Montoneros, cómo llegó hasta ahí? ¿Tenía relación él con alguien de la cúpula de la agrupación? ¿Cómo fue el encuentro con Perón, si es que existió? Fundamental: ¿Cómo murió Omar Failache?

El segundo encuentro con la persona que compartió varios años con él se da en la puerta de la casa, un atardecer de verano. En el frente de la propiedad hay una obra en construcción; atiende un hombre, las manos sucias de material fresco. Dice “ya le aviso” y desaparece por el camino de lajas grises hacia el interior de la casa.

La persona que vivió con Omar Failache, la misma que en su momento dijo “yo no creo más en la política, pero me gusta mucho Kirchner, él piensa en los pobres” y otras cosas por el estilo, reconoce de inmediato al cronista al llegar a la puerta. Pregunta “si es por lo del robo al banco” y acota que lo leyó en el diario, que le gustó.

Vuelve sobre el tema del cuaderno en que Failache hacía sus anotaciones y sobre la visita de Rubén Stella. “Al cuaderno lo quemé, no me quería quedar con nada”. Y habla de Omar como “el papá de los chicos”.

Refiere después su historia como sindicalista.

- Él empezó bien de abajo. Fue subiendo, subiendo, hasta que se presentó a unas elecciones en el gremio. Era en el rubro de las empresas del plástico. Triaca estaba en el otro bando en las elecciones, y “adornó” a un tipo para que truchara el recuento de votos y así poder ganar. Y Triaca ganó, nomás, y al tipo éste que había comprado le terminó poniendo una juguetería.

Sin entrar demasiado en él y en su vida, tira algunas puntas, algunos datos.

- Este es un caso chiquito – dice –, yo no puedo contar todo lo que sé, todo lo que él hizo. Yo me vine al pueblo por eso, para dejar todo de lado.

Hace una pausa. Hay una distancia abismal entre la persona y las palabras. La propuesta es elaborar algunas preguntas, acercárselas en una o dos semanas y que conteste las que le parezcan. Acepta. La cita está arreglada.

La pregunta pasa a ser qué preguntar, qué no; qué puede llegar a resultar irritante o contraproducente. Lo único que haría que el testimonio falle, es el miedo. Un miedo transmitido de generación en generación, que subsiste hoy, 25 años después, imponiendo la idea de que sí, que los malos ganaron la batalla. Como dice la canción: “que el plan funcionó, malditos dinosaurios”.

Una semana después, el cuestionario está listo. Otra vez la obra en construcción, los perros al otro lado de la reja, la persona con cara de *siempre hay algo más para decir*. Atiende ella y comienza a hablar; por un momento se entusiasma. Pero de pronto todo cambia: la expresión en el rostro, el tono de voz, el brillo en la mirada.

- No puedo hablar – dice –. Sé que todavía me pueden venir a buscar. Los bichos andan sueltos, los hijos de los militares están vivos. Si no, mirá lo que pasó con Julio López. No quiero hablar. Perdonáme, yo sé que te serviría para tu libro. Pero no. Tengo miedo.

Notas

(1) “El enigma Aníbal Gordón”, uno de los informes de Colón Doce, revela: “Juan Rossi, el primer detenido de la AMIA (posiblemente ex agente de inteligencia) estuvo seis meses viviendo en nuestra ciudad, hasta que fue detenido en la terminal de Pergamino cuando viajaba de Colón a la Capital Federal en el invierno de 1986 a bordo de un Chevallier y llevando en un bolso una bomba desactivada y panfletos vivando al general Camps”.

(2) En el Puente Vergara se rodaron varias escenas de la película. Este puente cruza sobre el Río Salto al noroeste de la ciudad, y es el comienzo del camino de tierra que lleva hacia Arroyo Dulce.

FUENTES

- La Opinión, 20 de julio de 1971. 2, 4, 11 y 12 de diciembre de 1971.
- La Voz de Rojas, 4 de diciembre de 1971.
- El Norte de Salto, 20 de julio de 1971. 4, 11 y 13 de diciembre de 1971.
- La Voz de Chivilcoy, 11 y 15 de diciembre de 1971.
- La Razón de Chivilcoy, 10 de diciembre de 1971.
- Semanao Colon Doce. <http://www.colonbuenosaires.com.ar/colondoce>
- Entrevista a Antonio Dal Masetto. Diario Página 12, 12 de junio de 2004.
- “La Voluntad: Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina”, Tomos 2, 3 y 4. Eduardo Anguita y Martín Caparrós. Planeta Booket. 2006.
- “La Montonera”. Gabriela Saidón. Editorial Sudamericana. 2005.
- “Montoneros, el mito de sus doce fundadores”. Lucas Lanusse. Editorial Vergara. 2005.
- “Plata Quemada”. Ricardo Piglia. Editorial Planeta. 1998.

INDICE

PARTE 1	3
<i>ARROYO DULCE COMO LOCALIDAD</i>	4
<i>LOS HECHOS</i>	5
<i>LOS TESTIGOS</i>	7
<i>LOS PROTAGONISTAS</i>	11
PARTE 2	14
<i>LAS DETENCIONES</i>	15
<i>LA DISYUNTIVA EN LOS LIBROS</i>	20
<i>SIEMPRE ES DIFICIL ESTAR EN CASA</i>	21
PARTE 3	23
FUENTES	26